

CRONICA RETROSPECTIVA

Fritz Busch en una ocasión memorable

INVITACION A BAYREUTH

Fué durante una representación de Los Maestros Cantores en la Ópera del Estado en Dresde, en el intermedio del primero al segundo actos, cuando se me dijo que Sigfrido Wagner estaba en la sala y deseaba verme. Acompañado por el crítico musical del *Dresdener Nachrichten*, vino a mi pieza, me saludó con unas cortas palabras de elogio sobre mi dirección del drama lírico que se interpretaba aquella tarde y me invitó para presentar Los Maestros Cantores en el próximo Festival de Bayreuth, que tendría lugar en el verano de 1924.

Yo estaba encantado con su invitación que, aparte de comprender el gran honor que me suponía, representaba para mí el cumplimiento pleno de un deseo de largo tiempo acariciado: dirigir esta obra en el lugar que ofrecía las mayores oportunidades para la total realización de cuantas demandas artísticas exige una creación wagneriana. Así, acepté con júbilo la invitación a Bayreuth.

El último Festival Wagneriano había terminado bruscamente por el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914. Después de una clausura de diez años, Bayreuth volvería a abrir sus puertas con la representación de Los Maestros Cantores, seguida por la de Parsifal, ésta bajo la dirección de Karl Muck.

LLEGADA AL SANTUARIO

Llegué a Bayreuth en un hermoso día de Junio, muy temprano en la mañana. No había visto nunca hasta entonces esta ciudad, la cual, gracias al genio de un hombre, había sido un importante factor en la vida cultural de nuestro tiempo durante varias décadas. Con ansiosos pasos ascendí hasta la colina donde se alza el Festspielhaus. Todo estaba tranquilo en tan temprana hora, pues yo llegué alrededor de las cinco de la madrugada.

Hacia las ocho, oí el murmullo de una canción coral. Las voces procedían de una especie de barracón primitivo, donde el profesor Karl Ruedel, director de los Coros de la Catedral de Berlín y del Coro del Estado, se ocupa-

ba en los ensayos de los trozos corales de Los Maestros Cantores. Los cantantes habían sido seleccionados entre los de gran número de escenarios alemanes, y se les eligió no sólo por sus cualidades vocales, sino con vistas a su apariencia física. Lo que yo escuchaba debía ser el segundo o tercer ensayo. ¿Por qué no presenciarlo de inmediato?

CORISTA IMPROVISADO

Ruedel y yo no nos conocíamos, aunque supiera, por supuesto, que él era un buen músico y un excelente director de coros. Por una ventana atisé a un hombre fornido, con un feroz mostacho, que ensayaba lleno de temperamento una de las escenas del segundo acto, dirigiéndola desde un enorme piano.

Me aproximé al director y comencé: «¿Puedo presentarme a usted? Me llamo Busch; he venido para...».

Completamente absorto en su trabajo, Ruedel me interrumpió bruscamente: «¡Incorpórese a los tenores!».

Dudé si obedecerle, pero otra vez, antes de hacerlo, dije: «Estoy aquí para...».

Antes de que pudiera continuar diciendo «dirigir Los Maestros Cantores», aulló: «¡Himmelkreuzsakrament, váyase usted con los segundos tenores, le he estado esperando cuatro días!».

Me sumé a la sección de los tenores segundos. Después de haber cantado con los otros alegremente por un rato, Ruedel cerró el piano de golpe, dió un puñetazo y exclamó: «Señoras y señores, así no podemos continuar. Yo no me atrevo a presentar un coro como éste al nuevo Generalmusikdirektor Busch, que ha sido contratado para dirigir aquí Los Maestros Cantores por primera vez. Nunca he estado junto a él, pero se dice que es un hombre muy particular. Si escucha una mezcolanza como ésta podría pegarme y tendría toda la razón. Intentemos ahora ensayar por grupos separados. ¡Tenores solos!».

EQUIVOCO DESHECHO

Por fin, en el descanso, me acerqué a Ruedel de nuevo y, sin ser interrumpido, pude explicarle que yo era el director de orquesta Busch y que había

venido a Bayreuth para interpretar Los Maestros Cantores.

El buen hombre se puso pálido. Los títulos significaban todavía mucho para un ser que había consumido la mejor parte de su vida en la Opera Imperial de Berlín. Cuando pude tranquilizarle un poco, impidiendo las apoloñas sin término que me dedicaba y ganando su confianza, le invité para almorzar en mi hotel, sin dejar de hacerle saber que disponía de una botella de su favorito vino del Rhin, convenientemente helado.

Ruedel y yo nos hicimos grandes amigos y cuanto él me contó de su rico archivo de experiencias en Bayreuth y Berlín, durante su colaboración con Hans Richter y otros grandes hombres, hizo aquellas horas inolvidables para mí.

Como yo había temido de acuerdo con mis informes, la calidad del material que se me ofrecía para Los Maestros Cantores no estaba por entero libre de reproches: algunas voces se hallaban faltas de frescura y de belleza de sonido, pero la más meticulosa preparación compensaba de todos los defectos. Personalmente, dispuse de unos cien ensayos con los solistas antes de la representación.

UN SIGFRIDO DEMASIADO NACIONALISTA

Los efectos de la revolución de 1918 y las perturbaciones sociales de los años siguientes no habían sido superados todavía en 1924 y nada bueno habían deparado para la en un tiempo justamente famosa cultura orquestal alemana, como escribí en un artículo que publicó la Bayreuther Blätter. Existía una personalidad sobre todo, cuya superior formación señalé en mi artículo como un ejemplo y estímulo para los músicos alemanes. Era Arturo Toscanini, quién había reorganizado completamente la Scala después de la guerra para devolver a este teatro su antigua fama. Resultado de mi entusiasta referencia fué que se me acusase de «falta de sentimiento nacional», porque me había atrevido a estimar el valer de un extranjero por encima de los pertenecientes a nuestra «Kultur» propia.

Me encogí de hombros. Sigfrido Wagner me habló sobre la desfavorable acogida que había tenido mi artículo; a la vez me informó de que Toscanini había dado a conocer su gran deseo de dirigir en Bayreuth y que estaba dispuesto a aceptar cualquier sacrificio en el caso de que se le invitase. Cuando

yo insistí de inmediato para que el maestro fuera invitado a dirigir Tristán en los Festivales de 1925, la única respuesta fué: «Para un extranjero no hay lugar en Bayreuth». Mis objeciones no tuvieron valor, porque Sigfrido Wagner era muy obcecado. Por otra parte, temía que Toscanini se hiciera intolerante y perturbara la paz del ambiente de Bayreuth con sus demandas.

Pocos años después, Toscanini alcanzó en Bayreuth mucha más fama y éxito material que podría haber disfrutado en 1925. Wahnfried modificó su actitud. Una verdadera histeria por Toscanini invadió el lugar y causó más de una molestia al sencillo maestro. ¡Fué como si Hans Richter, Félix Mottl y Karl Muck no hubieran nunca existido!

DESVENTAJAS DE LA TRADICION

Entre tanto el día de apertura con Los Maestros Cantores se acercaba, preparado con devoción y piadoso cuidado. Cada uno era consciente de lo que significaba aquella ocasión en la cual, después de diez años, volvía a alzarse el telón en el escenario de Ricardo Wagner.

A pesar del éxito de esta interpretación, no me hice muchas ilusiones. Había comprobado en Dresde lo que era posible realizar con unos Maestros Cantores que se acercaban mucho más a lo que yo deseaba. En realidad, la orquesta era excelente; los coros preparados por Ruedel eran admirables; la dirección de escena de Sigfrido Wagner, magistral. Pero igual que en Dresde, las limitaciones venían por parte de algunos cantantes. Y lo molesto en este caso era que en la Villa Wahnfried sólo encontré oídos sordos para corregir tales defectos. La lealtad a los viejos colaboradores se ejercía en detrimento del arte.

Sigfrido había descubierto que no sólo por la voz se debía juzgar a un cantante de ópera, sino por su entera personalidad. Un Sigfrido de la Tetralogía, por ejemplo, no debía pesar más de trescientas libras y ser alto y delgado. Por desgracia, era muy difícil encontrar una buena apariencia que se combinara con una hermosa voz, suficiente técnica y musicalidad. Todas las sugerencias que hice en la Villa Wahnfried para corregir ciertos defectos, fueron acogidas con indulgentes sonrisas.

(De «Recuerdos de mi vida» de Fritz Busch).